

formador. Con las manos cruzadas sobre el pecho, leia la inscripcion, cuando uno de sus oficiales le pidió permiso para abrir la tumba y arrojar al aire las cenizas del hereje. La mirada del monarca se inflama, diciendo: «Yo no he venido á hacer la guerra á los muertos; bastante tengo yo con los vivos:» y se retiró del templo.

estaban... las cenizas... el cuerpo... con el ángel... Hizo pronuncio... la que anunció... de la cristiana... los de los votos... las de sus labios... que el Señor... como el santo... Melanchthon... go descuro... Los oficios... a la losa... ruda, sellada... leia la siguiente...

MARTIN LUTHERI  
S. THEOLOGICAE DOCTORIS  
CUIUS OFFICII MORTI ET CAUSAE  
MARTINI  
REVERENDI PATRI S. M. O. C. V.  
A. M. D. C. LXXI.

Al año siguiente... las tropas imperiales...

corazon del príncipe... el cuerpo... con el ángel... Hizo pronuncio... la que anunció... de la cristiana... los de los votos... las de sus labios... que el Señor... como el santo... Melanchthon... go descuro... Los oficios... a la losa... ruda, sellada... leia la siguiente...

CAPITULO XLII.

CATALINA BORA. — RECUERDOS DE LUTERO.

Sufrimientos de Catalina Bora. — Su muerte. — Recuerdos de Lutero.

Bien pronto olvidaron los príncipes reformados á la viuda del reformador, y Catalina Bora, abandonada despues de algunos años, no tuvo pan con que alimentar á sus hijos. Quedó reducida á pedir una limosna para la viuda del reformador; pero ni sus súplicas, ni sus lágrimas, fueron escuchadas. Melanchthon, en una carta dirigida á su amigo Justo Jonás, se lamenta de la dureza de los grandes de la tierra: «Se alzan contra nosotros; y nos olvidan! Uno solo tuvo piedad de nosotros; el Rey de Dinamarca, que se digna enviar á la viuda del reformador una pequeña suma.» Mas bien pronto se cansó la piedad del monarca. Una carta de Bugenhagen, dirigida á Cristián III, quedó sin contestacion, sin embargo de la manera espresiva con que estaba redactada: «Que V. M. se digne volver sus ojos á una pobre viuda que no tiene con qué alimentar á sus hijos; os suplicamos en nombre de Lutero, cuyo nombre vivirá eternamente.» Catalina se decidió tambien á mover por su parte el

corazon del príncipe. Escribió, pues, una carta suplicante, en que recordaba la pensión de 50 thalers que el monarca la habia concedido algunos años antes, é invocaba de nuevo su piedad respecto á la suerte de una mujer á quien las vicisitudes de los tiempos habian reducido á la última miseria, y que no tenia pan con que alimentar á su familia.

Esta carta, fecha en 6 de octubre de 1550, no fue mas afortunada que las anteriores de Melanchthon y Pomeranio. Catalina no pudo menos de acordarse dolorosamente de la profecía de su esposo acerca del abandono en que los príncipes habian de dejar á lo que de mas amado tenia en el mundo.

En 1547, Wittemberg fue sitiada por las tropas del Emperador Carlos V. Bora estaba enferma y hambrienta: nadie hubo que la diese un pedazo de pan. La peste la hace abandonar la ciudad donde reposaban las cenizas del doctor.

El año 1552, el dia de Santo Tomás, se veia en las puertas de la iglesia parroquial de Torgau el siguiente aviso, firmado por el cura Pablo Eber:

«Catalina Bora ha fallecido. Esta noble señora debia sufrir toda suerte de aficciones: entre otras, no poder cerrar los ojos á su esposo en su última enfermedad, ni asistirle, ni tributarle los últimos auxilios... La guerra la obligó á desterrarse de Wittemberg, y un azote mucho mas doloroso para su corazon; la ingratitud de sus conciudadanos. La peste la sorprendió, y por escapar á la muerte que la amenazaba, ella, sola, pobre viuda, tomó sus hijos en sus brazos, y marchó á un pais extraño. En el camino, habiéndose espantado los caballos, volcó el carruaje, y la dejó caer en el agua; el susto, mas bien que el golpe de la caída, determinó una dolencia, que á la vuelta de tres semanas la ha conducido al sepulcro. Durante todo el tiempo de su enfermedad, se consolaba piadosamente con Dios,

y su palabra, suspirando dulcemente por la otra vida, encomendando á Dios la Iglesia y sus hijos, y pidiendo al Espíritu-Santo el restablecimiento de la unidad de la enseñanza, objeto de los esfuerzos de su piadoso marido, la cual, con la muerte de este, ha sido trastornada por desgracia.

«El entierro será hoy á las tres: rogamos encarecidamente á nuestros feligreses que concurren á la casa mortuoria, sita en la calle que viene á dar al castillo, para tributar los últimos obsequios á esta digna y desventurada matrona.»

Los restos de Catalina reposan en la iglesia parroquial de Torgau: los cubre una lápida, sobre la que descansa la compañera de Lutero, representada en la magnitud natural, y con una Biblia abierta en la mano. Sobre la cabeza, á la derecha, se ven las armas de Lutero, á la izquierda las de Catalina, un leon en campo de oro, y sobre el yelmo una cola de pavo. Sobre las cuatro orillas se lee esta inscripcion en aleman:

«El año 1552, el 20 de diciembre, murió en el Señor, en Torgau, la viuda del Dr. Martín Lutero, Catalina de Bora.»

El *Diario de Avisos de Altona* del 15 de noviembre de 1837 contenia un anuncio, bajo el título de *Los Huérfanos de Lutero*.

«Estos niños son hijos de José Carlos Lutero, nacido en Erfurt el 11 de noviembre de 1792, y reconciliado con la comunión católica. Murió en Bohemia.

«M. Reinthaler, administrador de la fundacion de San Martín de Erfurt, dedicada á la memoria de Lutero, recogió á estos huérfanos.

«El 6 de mayo de 1830, Antonio, el mayor de todos, llegó al antiguo convento de Agustinos: por Pascuas hizo su primera comunión, abandonando los errores de la Reforma en que estaba sumido. Se le ha puesto de aprendiz

en casa de un ebanista. Maria y Ana, sus hermanas, son sirvientes de una posada; Teresa, la mas jóven, frecuenta la escuela.

M. Reintaler habia hecho un llamamiento á la piedad de sus correligionarios en pro de los descendientes de Lutero; mas la suscripcion no fue feliz: Francfort sobre el Mein y Leipzig enviaron cincuenta thalers, y esto fué todo lo que pudo recogerse.

Mucho tiempo despues de su muerte, aun se enseñaba en Eisleben la cama de Lutero y la mesa donde escribió. Muchos venian de lejos por ver estas reliquias; cada devoto de Lutero se llevaba alguna particella para la curacion del dolor de muelas y de cabeza. Arnold, que hizo la peregrinacion de Eisleben, notó que las paredes de la habitacion del reformador estaban raspadas en mil partes por los discípulos supersticiosos, que tomaban algun poco de polvillo del yeso, á que atribuian virtudes extraordinarias. El peregrino, á vista de este testimonio de un culto idolátrico, no pudo dejar de gritar: «¡Que Dios confunda esta mansion de Lutero, en que reina la supersticion!» Efectivamente, el fuego la devoró.

Christ. Junker, en una obra consagrada á la gloria de Lutero, habla del modo mas formal acerca de un retrato del reformador, obra del pincel de Ober-Rossla, cuya frente se cubrió de sudor en el momento que el ministro se compadecia de la triste suerte de los estudios en Alemania.

El viajero que llega á Erfurt visita aquel viejo convento de Agustinos, donde Lutero entró en 27 de julio de 1505, y donde diez años despues le ordenó de Misa el Obispo Juan de Lasphe. ¡Los lugares tambien se mudan y trastornan como los tiempos! Hoy no resta allí ni aun el recuerdo de los antiguos Agustinos, y en cambio ocupan la casa los pobres huérfanos, que cantan en alemán las alabanzas del Señor, y un gimnasio evangélico, donde se enseñan doctrinas

diferentes de las del reformador. Allí fue donde en 1837 encontramos sobre la mesa de un profesor la *Vida de Jesucristo*, por el ministro Strauss. En la Biblioteca habíamos visto las obras de Zwinglio, Ecolampadio, Eck y Cochlée. Sobre las márgenes de los libros católicos, mucho mas antiguos que la Reforma, pnestó que son de las ediciones originales, pudimos observar algunas anotaciones de Lutero y Melanchthon.

La celdilla del reformador existe aun en su primitivo estado. Las paredes están blanqueadas, y sobre el yeso la mano del peregrino ha trazado innumerables sentencias bíblicas é himnos en verso y prosa en honor del sajón. Entrando á la derecha, pendo el retrato del reformador, de magnitud natural, y en que se lee la siguiente inscripcion latina:

*Martin. Lutherus S. Theolog. D. Natus Islebæ, annó 1483, ibique in Christo obiit anno 1546, d. 18. Feb. et Wittebergæ sepultus est, ætatis 63. M. L. Northusianus; P. A. q. a. notat quod, post n. solis solis, tunc oratorib. lo. magis, antistib. et omni. consue. illima.*

El cenóbita está pintado en la flor de su edad: su mirada es ardiente, y sus labios están ligeramente contraídos por la sonrisa. Cualquiera, al contemplar esta pintura, dirá que acaba de escribir una de esas declamaciones llenas de arrebatos contra el papado. El artista, cuya patria se ignora, reproduce perfectamente el placer interior de un alma ulcerada que acaba de realizar sus deseos de venganza.

La reliquia mas preciosa, sin duda, de las existentes en el oratorio de Erfurt, es el neceser de viaje, propiedad de Lutero, pequeño mueble, cuidadosamente conservado como en el primer día, en el cual acostumbraba Lutero poner sus caudales y otra cosa de más valor por cierto: un tesoro inestimable: el tintero y una pluma. Tintero de oro,

segun la espresion de uno de sus admiradores; cual ningun alquimista ha podido encontrar nunca, y en el que Lutero mojaba aquella pluma que habia de trazar caracteres resplandecientes como el sol, despues de trescientos años, y que solo se apagarán cuando aquel astro deje de existir: pluma de diamante, que arrojaba como una saeta contra el leon que reinaba entonces, y de cuya frente arrancó la triple corona con que se ceñia.»

Veamos la historia de este neceser, que Lutero llevó en su viaje á Augsburgo con motivo de la célebre Dieta, y en su visita á los Príncipes y Legados.

Cuando Lutero, en febrero de 1546, partió para Halle, llevaba consigo su tintero lleno de tinta, y su cajilla bien vacía de dinero. Alojado en el palacio de oro del director de salinas, José Tentzner, en la calle de Schmeertrasse, á su marcha dejó olvidados su neceser y su baston de viaje, algunas cartas de familia y hojas sueltas, en que se ven algunos pensamientos. Lutero murió en Eisleben: sobrevino la guerra, y sus herederos no se cuidaron de reclamar estos objetos sin valor, que pasaron á poder de la familia Tentzner, como *res derelicta*, segun el derecho aleman.

Martin Hessen, que casó con una Tentzner, reducido á la miseria, se vió forzado á vender el escritorio á un maestro de escuela de Lutzendorf, llamado Schuller. Se vió despues pasar esta reliquia á manos de Joh.-George Zeidler, empleado en la Universidad de Halle; despues á las de Buttner, consejero en Weinssenfels, que la cedió á la sociedad de ciencias naturales, y por fin vino á parar, como un verdadero diamante, á la celdilla museo de Erfurt, en 1754, desde cuya época se muestra á la curiosidad de los viajeros.

Despues de haberse contemplado algun tiempo esta preciosidad anticuaria, y sufrido las exclamaciones del *cicerone*, se pasa á conocer otra maravilla: esto es, el Viejo

Testamento, traducido por Lutero, ejemplar en que numerosas hojas de papel, pegadas al volumen, presentan los autógrafos de Lutero, Melanchthon, Bugenhagen, Creuziger y Ph. Agathon, pequeñas exégesis á algun testo bíblico, como por ejemplo este de Lutero á un verso de la epístola á los Corintios:

1 Cor. XV (55).

Absorpta est mors in victoriam

Isaie XXV (8).

«Los descendientes de Adan eran hijos del pecado; la muerte absorbía la vida: mas cuando Jesucristo murió, justificó, y la vida absorbió á la muerte. Alabemos á Dios, porque muriendo Cristo se operó la justificacion.

«MARTIN LUTERO, D. 1543.»

Este autógrafo está hoy sobre cristal colgado en la pared como un cuadro. A un lado hay otro de Melanchthon: es una paráfrasis del versículo 21 del cap. 59 de Isaías. Los que quieren que el carácter del hombre se revele en los signos mudos, que sirven de instrumento á sus ideas, podrian apoyar su doctrina en la forma diversa de la Escritura de los dos reformadores: la de Lutero firme, derecha, dura, de un trazo; la de Melanchthon indecisa, blanda, y en que se ve una mano incierta, que quita y pone el mismo rasgo.

Hace mucho tiempo se desea enriquecer este museo luterano con una maravilla, que sobrepuja á las demas; es decir, con los dos anillos conocidos con los nombres de anillo de arras y anillo de boda, bien que hoy uno y otro son una misma cosa: mas los poseedores de estas preciosas

alhajas se resisten á todas las seducciones y ofertas brillantes que se les hacen.

El anillo de arrás pertenece á un opulento vecino de Leipzig: es de oro, con un rubí y varias figuras de la Pasion, cinceladas con bastante gusto: los dados, la caña, la cruz donde sufrió el Dios-Hombre; dentro se ve el nombre de los esposos y la fecha de los esponsales, 13 junio 1525. Se creerá que existen largas disertaciones sobre este anillo, que la ciencia alemana ha tratado de él tan prolijamente como pudiera hacerlo con un texto biblico ó algunos versos de Orfeo. Nada de eso: solo se sabe que esta alhaja pertenece á Catalina Bora, quien, no teniendo pan un día, la enajenó por no morir de hambre.

La familia de Mesen, en Zittau, conserva un vaso de cristal en que bebia Lutero, de un bello trabajo, y que adquirió aquel en el siglo xvii en precio de 60 thalers.

En Dresde aun se enseña la cuchara del doctor, que pertenece á J.-And. Gleich. Es de plata, y sobre el mango se lee: *Da gloriam Deo*. En medio está la fecha 1540, y las letras enlazadas D. L.

Dresde aun conserva el cuchillo del doctor, y la medalla que llevaba al cuello Catalina Bora.

En Francfort sobre el Mein se enseñan aun en la Biblioteca los zapatos y el baston de viaje del reformador.

Mas no hemos podido encontrar el sello que el mismo Lutero describe en una carta á Spengler, y en el cual habia hecho grabar una cruz negra, simbolo de su fe en Jesucristo, y de la vida de prueba del cristiano, y un corazon inflamado en medio de una rosa blanca, en campo azul orlado de oro. El emblema de la paz del espíritu en la fe, y de la aspiracion de la eterna felicidad.

Estas reliquias debian vivir mas tiempo que las mismas doctrinas de Lutero. En el momento en que el refor-

mador espiraba, un hombre nacido en Noyon, en Picardia, la emprende con la simbólica wittenberguesa, y niega su verdad. Este hombre era Calvino, que no le veremos ciertamente mas afortunado que Lutero. Los dos creyeron enterrar el catolicismo: la obra de Dios jamás sucumbirá.

FIN.